

TERCERA PARTE

EVOLUCIÓN MODERNA DE LOS PRINCIPIOS
REVOLUCIONARIOS

CAPÍTULO PRIMERO

Los progresos de las creencias democráticas desde la Revolución.

§ 1.—LENTA PROPAGACIÓN DE LAS IDEAS DEMOCRÁTICAS DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN.

Las ideas violentamente incrustadas en los espíritus actúan durante varias generaciones. Las de la Revolución francesa no hicieron excepción á esta ley.

Si la duración de la Revolución francesa como Gobierno fué muy corta, la influencia de sus principios fué, por el contrario, muy larga. Convertida una creencia en forma religiosa, modificó profundamente la orientación de los sentimientos y de las ideas de varias generaciones.

A pesar de algunas intermitencias, la Revolución francesa se ha continuado y se prolonga todavía. El papel de Napoleón no se limitó á agitar el mundo, cambiar el mapa de Europa y renovar las exploraciones de Alejandro. El derecho nuevo de los pueblos creado por la Revolución, por él fijado en las Instituciones y en los Códigos, ejerció por todas partes una acción profunda. La obra militar del conquistador se desvaneció muy pronto; pero los

principios revolucionarios que contribuyó á propagar le sobrevivieron.

Las diversas restauraciones que sucedieron al Imperio, hicieron olvidar algo los principios de la Revolución. Hemos visto que durante cincuenta años se propagan con bastante lentitud. Se podría decir que hasta el pueblo había perdido el recuerdo. Sólo la acción de un reducido número de teóricos mantuvo su influencia. Herederos del espíritu simplista de los jacobinos, admitiendo como ellos que las sociedades se rehacen en todas sus partes con leyes, y persuadidos que el Imperio no había hecho sino interrumpir la obra revolucionaria, querían volver á apoderarse de ella.

Esperando poder recomenzarla, intentaron pagar los principios por sus escritos. Fieles imitadores de los hombres de la Revolución, jamás se preocuparon de saber si sus proyectos de reformas encajaban en la naturaleza humana. Ellos también construían una sociedad quimérica para un hombre ideal, y estaban persuadidos de que la aplicación de sus sueños regeneraría al género humano.

Desprovistos del poder constructivo, los teóricos de todos los tiempos fueron siempre muy aptos para destruir. Napoleón aseguraba en Santa Elena, que «si existiera una monarquía de granito, los idealismos de los teóricos bastarían para reducirla á polvo».

Entre aquella pléyade de soñadores, tales como Saint-Simon, Pedro Leroux, Luis Blanc, Quinet, etcétera, etc., sólo se ve á Augusto Comte comprendiendo que la transformación de las ideas y costumbres debe preceder á las reorganizaciones políticas.

Lejos de favorecer la difusión de las ideas demo-

cráticas, los proyectos de reforma de los teóricos de aquella época no hicieron sino amenguar la marcha. El socialismo comunista, forma bajo la cual pretendían muchos de ellos hacer renacer la Revolución, tuvo por resultado final asustar á la burguesía y aun á las clases trabajadoras. Ya hemos señalado, que el temor de sus ideas fué una de las causas principales del restablecimiento del Imperio.

Si ninguna de las quiméricas elucubraciones de los escritores políticos de la primera mitad del siglo xix merece ser discutida, es interesante, sin embargo, recorrerlas para apreciar el papel desempeñado entonces por preocupaciones religiosas y morales muy desdeñadas hoy día. Persuadidos de que una sociedad nueva, no podría más que las antiguas edificarse sin creencias religiosas y morales, los reformadores se preocupaban siempre de fundar.

¿Sobre qué apoyarse para crearlas? Sobre la razón, evidentemente. Con ella se fabrican complicadas máquinas; ¿por qué no confeccionar también una religión y una moral, cosas más simples en apariencia? Ni uno de ellos sospechó que jamás tuvieron las creencias religiosas ó morales por base la lógica racional. Ni el mismo Augusto Comte llegó á percibirlo. Se sabe que fundó una religión llamada positiva, que cuenta todavía con una media docena de adeptos. Los sabios debían de formar un clero dirigido por un Papa nuevo, que reemplazase al Papa católico.

Todas estas concepciones, políticas, religiosas ó morales de los teóricos, no tuvieron jamás, repito, otros resultados que desviar las multitudes durante largo tiempo de los principios democráticos.

Si éstos acabaron finalmente por tomar una gran

extensión, no fué á causa de los teóricos, sino porque habían nacido nuevas condiciones de existencia.

Gracias á los descubrimientos de la ciencia, se había desarrollado la industria y había dado lugar á la creación de grandes fábricas. Las necesidades económicas, dominando en aumento las voluntades de los Gobiernos y de los pueblos, acabaron por crear terreno abonado á la extensión del socialismo y, sobre todo, del sindicalismo, formas actuales de las ideas democráticas.

§ 2. — DESTINO DESIGUAL DE LOS TRES PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA REVOLUCIÓN.

La herencia de la Revolución está contenida por entero en su divisa: libertad, igualdad y fraternidad. El principio de igualdad ejerció, según ya dijimos, una gran influencia; pero los dos restantes no participaron de igual suerte.

Aunque el sentido de estos términos parece bastante claro, fueron comprendidos de tres diferentes maneras, según los tiempos y los hombres. Se sabe que la interpretación diferente de iguales palabras por seres de mentalidad desemejante, ha sido una de las causas más frecuentes de las luchas históricas.

Para el convencional, la libertad significaba únicamente el ejercicio sin trabas de su despotismo. Para un joven intelectual moderno, la misma palabra sintetiza la exención de todo respeto hacia aquello que le estorba: tradiciones, leyes, superioridades, etc. Para los jacobinos políticos actuales, la

libertad consiste principalmente en el derecho de perseguir á sus adversarios.

Si los oradores políticos hablan todavía alguna vez de libertad en sus discursos, han renunciado, por lo general, á invocar la fraternidad. Hoy es la lucha de clases y no la aproximación, lo que predicán. Jamás odio más profundo dividió las clases sociales y los partidos políticos que las conducen.

Pero mientras la libertad se hacía muy incierta y se esfumaba la fraternidad completamente, el principio de igualdad no hacía más que extenderse. Sobrevivió á todas las agitaciones políticas que tuvieron por escenario á Francia durante un siglo, y tomó tal desarrollo, que nuestra vida política, nuestras leyes, nuestros hábitos, nuestras costumbres, tienen por base, al menos en teoría, este principio. Constituye el verdadero legado de la Revolución. La necesidad de igualdad, no sólo ante la ley, sino en las posiciones y fortunas, es el punto mismo de la última evolución democrática: el socialismo. Esta necesidad es tan poderosa que se extiende por todas partes, aunque en contradicción con todas las leyes biológicas y económicas. Es una nueva fase de aquella lucha interrumpida de los sentimientos contra la razón, en la que ésta triunfa tan pocas veces.

§ 3.—LA DEMOCRACIA DE LOS INTELCTUALES Y LA DEMOCRACIA POPULAR.

Todas las ideas que hasta aquí han agitado al mundo, fueron sometidas á estas dos leyes: evolucionar lentamente, cambiar por completo de sentido según las mentalidades que las reciben.

Una doctrina es comparable á un ser viviente. No subsiste más que transformándose. Los libros permanecen mudos necesariamente sobre estas variaciones; la fase de las cosas que estabilizan no es más que del pasado. No reflejan la imagen de la vida, sino la de la muerte. La exposición escrita de una doctrina, representa á menudo su lado más artificioso.

Ya he demostrado en otro trabajo cómo se modifican las instituciones, las lenguas y las artes al pasar de un pueblo á otro, y cuánto difieren las leyes de estas transformaciones de lo que dicen los libros. No hago alusión ahora más que con el fin de explicar por qué en el estudio de las ideas democráticas nos ocupamos tan poco del texto de las doctrinas, y buscamos solamente los elementos psicológicos que constituyen su vestidura, y luego las reacciones provocadas en las diversas categorías de hombres que las han aceptado.

Modificada rápidamente por seres de mentalidades diferentes, la teoría primitiva no tarda en llegar á ser una etiqueta que designa las cosas muy desemejantes.

Aplicables á las creencias religiosas, estos principios lo son igualmente á las creencias políticas. Cuando se habla de democracia, por ejemplo, es conveniente buscar lo que significa esta palabra en diversos pueblos, é inquirir igualmente si en un mismo pueblo, no hay una gran diferencia entre la democracia de los intelectuales y la democracia popular.

Limitándonos á considerar ahora este último punto, comprobaremos fácilmente que las ideas democráticas de los libros y periódicos son puras teorías de los hombres de letras ignoradas por el pueblo,

y con cuya aplicación, por otra parte, nada se ganaría. Si el obrero posee el derecho teórico de franquear las barreras que le separan de las clases directoras, por una serie de concursos y de exámenes, sus probabilidades de llegar son muy escasas.

La democracia de los hombres de letras no tiene otro fin que el de crear una selección de donde se reclute exclusivamente la clase directora. Nada tendría que objetar si esta selección fuese real. Constituiría entonces la máxima de Napoleón: «La verdadera marcha de un Gobierno es emplear la aristocracia; pero con las formas de la democracia.»

Desgraciadamente, la democracia de los intelectuales conduce simplemente á reemplazar el derecho divino de los reyes por el derecho divino de una pequeña oligarquía, demasiado á menudo tiránica y limitada. Mudando una tiranía no es como se crea una libertad.

La democracia popular no tiene por fin de ningún modo, como la precedente, fabricar directores. Dominada por entero por el espíritu de igualdad y el deseo de mejorar la suerte de los trabajadores, rechaza la noción de fraternidad, y no manifiesta ninguna inquietud por la libertad. Un Gobierno no puede concebirla más que bajo la forma autocrática. Se aprecia, no sólo por la historia que nos presenta á todos los Gobiernos despóticos aclamados con entusiasmo, sino, principalmente, por la manera autocrática en que están dirigidos los sindicatos obreros.

Esta distinción profunda entre la democracia de los intelectuales y la democracia popular, se presenta mucho más clara á los obreros que á los intelectuales. No habiendo nada común entre sus mentalidades, los primeros y segundos no hablan

la misma lengua. Los sindicalistas proclaman hoy enérgicamente que no sería posible alianza alguna entre ellos y los políticos de la burguesía. La afirmación es rigurosamente exacta.

Así fué siempre, y sin duda por eso la democracia popular, desde Platón á nuestros días, no ha sido defendida jamás por grandes pensadores.

Este hecho ha sorprendido mucho á Emilio Faguet: «Casi todos los pensadores del siglo XIX—dice—no han sido demócratas. Cuando yo escribía mis *Políticos y moralistas del siglo XIX*, era mi desesperación. No hallaré, pues, uno que sea demócrata; y quisiera encontrarlo para poder sentar, según él, la doctrina democrática.» El eminente escritor hubiera encontrado seguramente muchos entre los políticos profesionales; pero éstos rara vez pertenecen á la categoría de pensadores.

§ 4.—DESIGUALDADES NATURALES É IGUALACIÓN DEMOCRÁTICA

La dificultad de conciliar la igualación democrática y las desigualdades naturales, constituye uno de los más difíciles problemas de la hora presente. Conocemos las aspiraciones de la democracia. Veamos lo que la Naturaleza responde á sus deseos.

Las ideas democráticas, que tan á menudo conmovieron el mundo, desde las edades heroicas de Grecia hasta los tiempos modernos, se estrellaron siempre contra las desigualdades naturales. Son muy raros los observadores que han sostenido, con Helvetius, que la desigualdad entre los hombres está creada por la educación.

En efecto; la naturaleza no conoce la igualdad: reparte con diferencia el genio, la belleza, la salud, el vigor, la inteligencia y todas las cualidades que confieren á sus poseedores una superioridad sobre sus semejantes.

Como ninguna teoría podrá cambiar estas diferencias, las ideas democráticas se hallarán confinadas en las palabras, hasta el día en que las leyes de herencia consientan unificar las capacidades de los hombres.

¿Podemos suponer que las sociedades llegarán á establecer artificialmente la igualdad negada por la Naturaleza?

Algunos teóricos admitieron durante largo tiempo, que la educación podía crear un nivelamiento general. Muchos años de experiencias han demostrado lo profundo de esta ilusión.

No sería imposible, sin embargo, que el socialismo triunfante pudiese establecer durante algún tiempo la igualdad, eliminando rigurosamente á todos los individuos superiores.

Fácilmente se puede prever lo que llegará á ser un pueblo que haya suprimido sus clases elevadas, al estar rodeado por otras naciones que progresan gracias á esas mismas clases.

No solamente no conoce la igualdad la Naturaleza, sino que desde el origen de los tiempos ha realizado siempre sus progresos por diferenciaciones sucesivas, es decir, desigualdades crecientes. Sólo ellas podían elevar la obscura célula de los tiempos geológicos á los seres superiores cuyas invenciones habían de cambiar la faz del globo.

El mismo fenómeno se observa en las sociedades. Las formas de democracia que seleccionan los elementos elevados de las clases populares, tienen

por resultado final la creación de una aristocracia intelectual, consecuencia contraria al sueño de los puros teóricos: rebajar todos los elementos superiores de una sociedad, al nivel de sus elementos inferiores.

Al lado de estas leyes naturales, hostiles á las teorías igualitarias, figuran también las condiciones del progreso moderno. Exigiendo la ciencia y la industria esfuerzos intelectuales cada vez más considerables, las desigualdades mentales y las diferencias de condición social que originan, no pueden sino acentuarse.

Se asiste de este modo á un fenómeno sorprendente: á medida que las leyes y las instituciones quieren nivelar los individuos, los progresos de la civilización tienden á diferenciarlos más. Del campesino al barón feudal, la distancia intelectual era escasa; del obrero al ingeniero, es inmensa y aumenta sin cesar.

Habiendo llegado á ser la capacidad el principal factor del progreso, los capacitados de cada clase se elevan mientras que los mediocres permanecen estacionados ó descienden. ¿Qué podrían las leyes sobre tan inevitables necesidades?

En vano pretenden los incapacitados ser la fuerza por constituir el número. Privados de cerebros superiores, cuyas investigaciones aprovechan á todos los trabajadores, estos últimos no tardarían mucho en caer en la miseria y anarquía.

El papel capital de las clases superiores en las civilizaciones modernas, aparece con demasiada evidencia para que sea preciso demostrarlo. En las naciones civilizadas y pueblos bárbaros, que encierran un término medio igual de unidades mediocres, la verdadera superioridad de las primeras

proviene únicamente de las clases elevadas que contienen. Los Estados Unidos lo han comprendido tan admirablemente, que prohíben el acceso á su territorio á los obreros chinos, cuya capacidad es idéntica á la de los obreros americanos, y que, al trabajar á precios inferiores, hacen una temible competencia á estos últimos.

A pesar de estas evidentes verdades, cada día se ve acentuarse el antagonismo entre la multitud y las clases elegidas. En ninguna época fueron más necesarias aquéllas, y jamás fueron sufridas tan difícilmente.

Uno de los más sólidos fundamentos del socialismo, es el odio intenso á las clases superiores. Sus adeptos olvidan siempre que los progresos científicos, artísticos é industriales que crean la fuerza de un país y la prosperidad de millones de trabajadores, se deben únicamente á un reducido número de cerebros privilegiados.

Supongamos aceptado el socialismo universalmente y como por milagro hace un siglo. El peligro, la especulación, la iniciativa, en una palabra, todos los estimulantes de la actividad suprimidos, ningún progreso hubiera podido realizarse, y el obrero hubiese permanecido pobre también. Se hubiera establecido simplemente aquella igualdad en la miseria soñada por la envidia y los celos de una multitud de espíritus mediocres. Para satisfacer un ideal tan bajo, jamás renunciará la humanidad al progreso de la civilización.